

“Lo más curioso de los sistemas filosóficos anteriores es, que algunos ramos de los conocimientos humanos, no han podido entrar en ellos y encontrar un lugar propio. La historia, por ejemplo, fué excluida del sistema de Aristóteles, y dividiéndose su filosofía en lógica, retórica y poesía (comprendiéndose en esta última división las ciencias naturales y la metafísica), es claro que muchas obras no podían encontrar clasificación conveniente en ninguna de estas tres divisiones. Del Ser Supremo, ó del Creador del Universo, no se dice nada en este sistema, llamándole: *to proton ton kinoun kinton* comparando el universo con una gran máquina, que recibió su primer impulso ó movimiento de la divinidad, y por esta razón fué Aristóteles más tarde acusado de ateaista.

“Un gran genio, de extraordinaria capacidad, se propuso en tiempos modernos, después que había visto aparecer y desaparecer centenares de sistemas filosóficos, examinar profundamente hasta qué punto alcanzaban nuestras facultades intelectuales, nuestro entendimiento, nuestra razón, en cuanto á la comprensión de las cosas humanas y divinas, y de la fuente de todo lo creado, el Ser Supremo. Este eminente filósofo es Kant, y publicó su obra *Critik der reinen Vernunft* (Crítica de la sana razón) en la que da como resultado que nuestro entendimiento no es capaz de demostrar la existencia de Dios; pero que nos vemos obligados, para explicar la armonía y la eterna ley de todo lo creado, á *suponer* la existencia de Dios como principio de toda filosofía.

“La consecuencia incalculable de esta profunda obra fué, que la filosofía se dirigiera al verdadero principio en que debe fundarse toda filosofía, que es la revelación divina. Busquemos, pues, en ella *luz* cuando la filosofía de los antiguos nos deje en la oscuridad, y cuando nuestra razón y nuestro entendimiento sean insuficientes para mostrarnos

la verdad y hacernos conocer el origen y principio de que se deriva todo lo que existe en el universo.

“El resultado, que es lo que me he propuesto hacer notar, fué un maravilloso cambio hecho por el estudio de la filosofía en las sociedades modernas. Ya no se considera á las naciones como miembros aislados de la humanidad, sino como parte de una misma familia: los pueblos de la tierra comienzan á amarse, la filosofía cristiana ha penetrado en el recinto del consejo de los gobiernos y de los legisladores, apareciendo nuevas ciencias, como la economía política, para buscar leyes útiles, no á un país en particular, sino á la humanidad en general, y la obligación de ser cosmopolita, que no conocían los antiguos, dirige la pluma del publicista en favor de la misericordia y de la piedad.—DIJE.”

Con sólo leer el transcrito discurso, se nota desde luego: 1º, la gran desproporción que existe entre la proposición y el desarrollo; que á nuestro modo de ver supone, ó juicio muy ligero, ó inocente alarde de lectura mal digerida.

2º Que si la filosofía aristotélica se enseñó del siglo VII al X y de un modo corrompido; desaparecen los siglos gloriosos de la filosofía escolástica: y si ésta fué enteramente refutada por Bacon y Descartes, fué indudablemente nulificada y murió para siempre. Se requiere calma.

3º Dice, que la idea que de la filosofía da Cicerón, no es tan clara como la de los filósofos griegos. ¡Como si fueran distintas ideas! Un talento competente ha dicho: “Cicerón y Lucrecio son expositores admirables de los griegos, pero el uno no pone de su parte más que la elocuencia, y el otro nada más que la pasión trágica y la sublimidad poética.”¹

4º Luego la idea de la filosofía, propia del orador, es de tal manera vaga, que parece confundirla con la enciclopedia universal, supuesto que le extraña que en la filosofía anti-

¹ Ensayos de Crítica Filosófica.—De las vicisitudes de la filosofía platónica en España.—Discurso etc., 1889 á 1890.—D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

gua no quepa la historia, por ejemplo, ni *muchas obras*, (sic) probablemente quiso decir, ciencias; aunque es figura retórica expresar lo continente por lo contenido. Esa extrañeza en tan lacónico discurso, supone tal idea.

5º Después, en cuanto á la construcción de la ciencia filosófica, se decide por el tradicionalismo; pues que siendo imposible demostrar racionalmente la existencia de Dios; y siendo, por otra parte, absolutamente necesario el suponerla, como primer principio de toda racional filosofía, tiene que constarnos dicha verdad, ya que no por la ciencia, sólo por la revelación; luego la revelación es el principio de la ciencia.

Téngase en cuenta, que simplemente vamos notando los gravísimos errores en que incurrió el laureado bachiller, que de seguro estuvo mal vigilado en el estudio, y subió á la tribuna y recibió el grado para probar el lamentable abandono en que había caído la Universidad, como en su lugar oportuno lo hemos dicho. Por lo demás, no sería corta labor ponerse á refutar el discursito.

6º Luego, pone algunas expresiones equívocas, porque no se sabe adónde hay que recurrir en busca de luz si á la obra de Kant ó á la revelación.

7º Finalmente señala como fruto de la filosofía kantiana, que se haya iniciado un movimiento de cosmopolitismo y fraternidad universal.

A este discurso se hizo referencia en *El Espectador de México*, como se verá en el lugar que corresponda.

No encontramos otro artículo que deba figurar aquí.

V

"EL ESPECTADOR DE MÉXICO."

Para ayudar al triunfo de la verdad católica, conduciendo á los lectores por ameno camino sembrado de flores, haciendo amable á la religión, mostrando sus virginales encantos, como lo hizo Chateaubriand, apareció:

El Espectador de México.—Revista semanal de Religión, Ciencias, Literatura y Bellas Artes.—Publicada por los redactores del *Universal* y los del antiguo *Observador Católico*.

Poseemos cuatro volúmenes. El primer número salió el 4 de Enero de 1851. El prospecto está bien escrito y en él se promete: "pagar al catolicismo el tributo de justicia y de inmensa gratitud que le deben las ciencias, las letras y las artes." No fué redactado por D. Anselmo de la Portilla, como se dice en el índice, pues se corrigió esta inexactitud. Sin embargo, este castizo, erudito y célebre periodista, de origen español, á quien debió mucho *La Voz de la Religión* en su mejor época, á quien también se debe en gran parte la buena armonía que existe entre españoles y mexicanos, colaboró bastante en *El Espectador*.

En el primer volumen apareció un artículo sobre "el descubrimiento de una ciudad antigua en los bosques del Brasil," traducido del francés por D. José Z. de Anievas, expresamente para insertarlo en *El Espectador*. Como el articulista francés hace en la introducción destemplados y exagerados elogios de la "filosofía de la historia" y de Vico y Herder; dió ocasión á que D. Agustín A. Franco escribiese algunos artículos, "De la Filosofía de la historia y de algunos escritores acerca de ella."

El Sr. Franco iba guiado de la más pura intención, pero ella sola no basta en la controversia. Debíó haber hecho con discreción las distinciones convenientes, y no salir á la arena con expresiones tan absolutas, que todo lo echan á perder. Dice que: "la pretendida filosofía de la historia es un conjunto de nociones orgullosas y frívolas, cuyo objeto no es otro que hacer desaparecer de la historia el personaje, la ley y el hecho que en ella aparecen con mayor evidencia, es decir, Dios, la ley de Dios y la dependencia de la humanidad."

Con efecto, eso no es la filosofía de la historia, ni supone siquiera la acertada aplicación de sus principios; pero puede haber la verdadera filosofía y su legítima aplicación y las hay de hecho. Como demostración ó aplicación del criterio histórico, filosófico y cristiano, pueden presentarse obras que son respetadas por todo el mundo; tales como el célebre "Discurso" de Bossuet sobre la historia universal y, "El Protestantismo comparado con el Catolicismo," del Doctor Balmes.

Bien es verdad que Franco señala como verdadera filosofía de la historia, la gran explicación bíblica y la tradición cristiana: ésto es una verdad, es un hecho y la razón de él; ahora los principios, las deducciones, las conclusiones racionales y en cierta generalidad, serán propiamente la filosofía de la historia; pero en esto no se fija el impugnador, demasiado tradicionalista, al menos en la ocasión.

Después se ocupa en hablar de las obras de Vico y de Herder, para que se vea que no son acreedores á la celebridad de que se les ha rodeado.

En el mismo *Espectador*, vol. II, núm. 16 que salió el 9 de Agosto de 1851, hay un artículo intitulado: "El discurso académico de un joven:" transcribimos lo que basta para comprender que el joven, es el mismo Boves de quien hablamos en el párrafo anterior.

"En el número 968 del *Universal* hemos visto con la mayor sorpresa un discurso pronunciado por un joven de diez y siete años, al recibir el grado de Bachiller en filosofía, en el que se hacen grandes elogios de la doctrina filosófica de Kant, hasta llegar á asegurar haber sido su obra (*Crítica de la sana razón*) la que ha hecho dirigir á la filosofía al verdadero principio en que debe fundarse toda esta ciencia, que es la revelación divina: "Busquemos, pues, (se dice) en ella la *luz*, cuando la filosofía de los antiguos nos deje en la obscuridad, y cuando nuestra razón y nuestro entendimiento sean insuficientes para mostrarnos la verdad, y hacernos conocer el origen y principio de que se deriva todo lo que existe en el universo."

Ya hicimos nuestras observaciones sobre el discursito. El articulista no va por el mismo camino; se alarma por que se ponen en manos de la inexperta juventud obras peligrosísimas, pues trata á esa filosofía como absurda é impía, por lo menos muy sospechosa, supuesto que sus fautores y propagadores han sido protestantes: para todo esto aduce citas de autores que así lo han asegurado.

Tales apreciaciones, como se dice en el tomo III, núm. 7 (27 de Septiembre de 1851), disgustaron á algunas personas; pero los redactores del *Espectador* contestaron en el expresado número 7, bajo el rubro de: "La filosofía Alemana." Parece que los primeros no estaban conformes con que se llamase *impía*, á la filosofía alemana; y los segundos, como respuesta, presentan una idea general de la filosofía kantiana; pero no nos ocupamos de ella por no ser original; porque al fin confiesa el articulista que ha tomado tal idea de la famosa obra: *Introducción á la teología*, del abate H. J. (París 1849).